

Unidad 6

- Estudios sobre Comunicación de Masas

- 6.1 Comparación de la Wissenssoziologie y de las investigaciones sobre comunicaciones de masas
- 6.2 Materia y definición de problemas
- 6.3 Perspectivas sobre datos y hechos
- 6.4 Técnicas y procedimientos de investigación
- 6.5 Organización social de la investigación
- 6.6 Nuevas interrogantes y problemas

ESTUDIOS SOBRE COMUNICACIÓN DE MASAS

LA SOCIOLOGIA DEL CONOCIMIENTO Y LAS COMUNICACIONES PARA LAS MASAS

INTRODUCCIÓN

Esta parte consta de tres capítulos, dos que revisan críticamente algunos problemas generales y especiales de la sociología del conocimiento, y el tercero, escrito en colaboración con Paul F. Lazarsfeld, resume un campo limitado de estudios sobre la sociología de la opinión y las comunicaciones de masas. La yuxtaposición de los dos campos es cualquier cosa menos casual. Porque, aunque se desarrollaron en gran parte independientemente uno de otro, la misión de esta introducción es sugerir que se contribuiría al cultivo eficaz de cada uno de ellos unificando algunos de los conceptos teóricos, de los métodos de investigación y de los resultados empíricos de los dos. Y para ver las analogías esenciales entre ambos, el lector no tiene más que comparar el sumario general de la sociología del conocimiento que ofrece el capítulo xiv de este libro con el sumario general de investigaciones sobre comunicaciones para las masas que da Lazarsfeld en *Current Trends in Social Psychology*, editado por Wayne Dennis.

Realmente, los dos trabajos pueden considerarse como especies del género de investigación que se interesa por el juego recíproco entre estructura social y comunicaciones. El uno apareció y fue más asiduamente cultivado en Europa, y el otro, hasta ahora, ha sido mucho más común en los Estados Unidos. Por lo tanto, si el membrete no se toma al pie de la letra, la sociología del conocimiento puede llamarse la "especie europea", y la sociología de las comunicaciones para las masas la "especie norteamericana". (Es evidente que esas etiquetas no pueden aplicarse estrictamente: después de todo, Charles Beard fue durante mucho tiempo un exponente de la versión nativa norteamericana de la sociología del conocimiento, así como Paul Lazarsfeld, por ejemplo, hizo en Viena algunas de sus primeras investigaciones sobre comunicaciones para las masas.) Aunque las dos especialidades sociológicas se dedican al juego recíproco entre las ideas y la estructura social, cada una de ellas tiene su distintivo foco de atención.

En esos campos tenemos ejemplos instructivos de las dos actitudes contrapuestas en la teoría sociológica descritas anteriormente en estas páginas (en particular en el capítulo i y en el capítulo iv). La sociología del conocimiento pertenece en su mayor parte al campo de los teóricos globales, en que la amplitud e importancia del problema justifica la dedicación a él, a veces completamente aparte de la posibilidad presente de avanzar de hecho más allá de ingeniosas especulaciones y de conclusiones impresionistas. En general, los sociólogos del conocimiento figuraron entre los que levantaron la bandera que dice: "No sabemos si lo que decimos es cierto, pero por lo menos es importante."

El sociólogo y el psicólogo dedicados al estudio de la opinión pública y de las comunicaciones para las masas se encuentran con la mayor frecuen-

cia en el campo contrario de los empiristas, con un lema algo diferente inscrito en su bandera: "No sabemos si lo que decimos es particularmente importante, pero por lo menos es verdad." Aquí se dio la mayor importancia a la recolección de datos relativos al asunto general, datos que tienen valor esencial como pruebas, aunque no estén fuera de toda discusión. Pero, hasta recientemente, hubo poco interés por el influjo de esos datos sobre los problemas teóricos, y se confundió la recolección de información práctica con la recolección de observaciones científicamente pertinentes.

Esta introducción no sólo servirá para presentar los capítulos de la Tercera Parte, sino que también puede ser de interés en sí mismo comparar las variantes europeas y norteamericanas del estudio sociológico de las comunicaciones. Hacerlo así es recibir la fuerte impresión de que los puntos distintivos a que se da importancia se enlazan con las estructuras sociales en torno dentro de las cuales se desarrollan, aunque el presente estudio hará poco más que sugerir algunas de las conexiones posibles entre la estructura social y la teoría social, de un modo sólo preliminar a una verdadera investigación de la materia. La comparación tiene otro objetivo más: el de propugnar la unificación de los campos de investigación social relacionados entre sí, en busca de la feliz combinación de los dos que posea las virtudes científicas de ambos y ninguno de los vicios superfluos de uno y otro.

COMPARACIÓN DE LA *Wissenssoziologie* Y DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE COMUNICACIONES DE MASAS

Las orientaciones distintivas de estos campos de investigación coordinados, complementarios y que en parte se recubren, constan de diversidad de aspectos relacionados entre sí y se expresan con esa misma diversidad: sus materias y su definición características de los problemas, sus conceptos de los datos, su utilización de técnicas de investigación, y la organización social de sus actividades investigadoras.

Materia y definición de problemas

La variante europea se dedica a desenterrar las raíces sociales del conocimiento, para descubrir los modos en que el conocimiento y el pensamiento son afectados por la estructura social en torno. El principal foco de atención es aquí la formación por la sociedad de perspectivas intelectuales. En esta disciplina, como sugiero en los capítulos siguientes, conocimiento y pensamiento se interpretan tan vagamente, que llegan hasta abarcar casi todas las ideas y creencias. Sin embargo, en el corazón de la disciplina hay un interés sociológico por los contextos sociales del conocimiento que está más o menos certificado por pruebas sistemáticas. Es decir, la sociología del conocimiento se interesa más directamente por los productos intelectuales de los expertos, ya sea en ciencia o filosofía, en pensamiento económico o político.

Aunque sierte también algún interés por el estado presente del conocimiento (o nivel de información, como se le llama característica y significativamente), la variante norteamericana se enfoca sobre el estudio sociológico de la creencia popular. Se enfoca en especial sobre la *opinión*, y no sobre el *conocimiento*. No son éstas, naturalmente, diferencias de blanco y negro. Por no ser arbitraria, la frontera entre una cosa y otra no tiene la claridad de, pongamos por caso, una frontera internacional. La opinión se matiza de conocimiento, el cual no es otra cosa que aquella parte de la opinión socialmente certificada por criterios particulares de prueba. Y así como la opinión puede convertirse en conocimiento, el conocimiento puede de modo igualmente ostensible degenerar en mera opinión. Pero, salvo en las márgenes, la distinción se mantiene, y se expresa en los focos distintivos de atención de las variantes europea y norteamericana de la sociología de las comunicaciones.

Si la versión norteamericana se interesa primordialmente por la opinión pública, por las creencias de las masas, por lo que ha llegado a llamarse "cultura popular", la versión europea se centra en torno de doctrinas más esotéricas, sobre los sistemas complejos de conocimiento que se reforman y a veces se deforman en su paso ulterior a la cultura popular.

Esas diferencias de foco de atención llevan consigo otras diferencias: la variante europea, al interesarse por el conocimiento, llega a tratar de la minoría intelectual; la variante norteamericana, interesada por la opinión ampliamente sustentada, trata de las masas. La una se centra sobre las doctrinas esotéricas de los pocos, la otra sobre las creencias exotéricas de los muchos. Esta divergencia de interés tiene una relación inmediata con todos los aspectos de las técnicas de investigación, como veremos; es evidente, por ejemplo, que una entrevista investigadora destinada a rendir información de un hombre de ciencia o de un literato diferirá de modo importante de una entrevista investigadora destinada a un corte transversal de la población en general.

Las orientaciones de las dos variantes muestran ulteriores correlaciones distintivas de detalles sutiles. El sector europeo habla, en el plano cognoscitivo, de *conocimiento*; el norteamericano, de *información*. El conocimiento implica un *cuerpo* de hechos o de ideas, mientras que la información no tiene tal implicación de hechos o ideas *sistemáticamente conectados*. En consecuencia, la variante norteamericana *estudia los fragmentos aislados de información* de que disponen las masas de gentes; la variante europea *piensa típicamente en una estructura total de conocimientos* de que disponen unos pocos. Los norteamericanos dan importancia a los *agregados* de trozos discretos o discontinuos de información, los europeos a *sistemas* de teorías. Para el europeo es esencial analizar el sistema de principios en toda su complicada interrelación, con la vista puesta en la unidad conceptual, en los niveles de abstracción y de concreción, y en la categorización (por ejemplo, morfológica o analítica). Para el norteamericano es esencial descubrir, mediante las técnicas del análisis de factores, por ejemplo, los haces de ideas (o de actitudes) que tienen lugar empíricamente. El uno subraya las relaciones que subsisten lógicamente; el otro subraya las relaciones que tienen lugar empíricamente.

El europeo se interesa por las etiquetas políticas sólo si lo encaminan a sistemas de ideas políticas que él interpreta después de toda su sutileza y complejidad, procurando hacer ver su (supuesta) relación con uno u otro estrato social. El norteamericano se interesa por las creencias políticas discontinuas, y sólo en la medida en que permiten al investigador clasificar ("codificar") a los individuos bajo una etiqueta o categoría política general, la cual puede después demostrarse (no suponerse) que tiene una circulación mayor en uno u otro estrato social. Si el europeo analiza la ideología de los movimientos políticos, el norteamericano investiga las opiniones de electores y no electores.

Estos focos de atención distintivos podrían explicarse e ilustrarse más, pero quizá se ha dicho lo suficiente para indicar que de una materia ampliamente común, la sociología europea del conocimiento y la sociología norteamericana de las comunicaciones de masas seleccionan problemas distintivos para una interpretación distintiva. Y poco a poco va surgiendo la vaga impresión que pura y demasiado simplemente puede resumirse así: el norteamericano sabe de lo que habla, y eso no es mucho; el europeo no sabe de qué habla, y eso es mucho.

Perspectivas sobre datos y hechos

Las variantes europea y norteamericana tienen conceptos notablemente diferentes de lo que constituye los datos empíricos primos, de que es necesario convertir esos datos primos en hechos certificados, y del lugar de esos hechos, a los que se llega diferentemente, en el desarrollo de la ciencia sociológica.

En general, el europeo es hospitalario y hasta cordial en su receptividad para los candidatos a situación de dato empírico. Una impresión derivada de unos pocos documentos, particularmente si los documentos se refieren a un tiempo o lugar suficientemente remotos, pasará revista como hecho relativo a corrientes de ideas difundidas o de teorías generalmente sustentadas. Si la posición intelectual de un autor es bastante alta y el campo de sus logros bastante amplio, sus impresiones, a veces sus impresiones fortuitas de las creencias predominantes, se tomarán típicamente como reportes de hechos sociológicos. O una generalización enunciada de manera suficientemente positiva y general se tomará como dato empírico.

Buscar algunos ejemplos es meterse en dificultades de elección a causa de su abundancia. Un Mannheim, por ejemplo, resumirá el estado mental de las "clases bajas en el período posmedieval" diciendo que "sólo poquito a poco llegaron a darse cuenta de su importancia social y política". O puede considerar no sólo importante sino verdadero que "todos los grupos progresivos consideran que la idea es anterior al hecho", siendo esto ostensiblemente materia de observación y no de definición. O puede presentar una hipótesis tan instructiva como la siguiente, hipótesis formada por varios supuestos de hecho: "...cuanto más activamente colabora un partido ascendente en una coalición parlamentaria, y cuando más renuncia a sus impulsos

utópicos originarios y con ellos a su perspectiva más amplia, más probable es que su poder de transformar la sociedad sea absorbido por su interés en detalles concretos y aislados. Completamente paralelo al cambio que puede observarse en la esfera política se produce un cambio en la perspectiva científica que se ajusta a las exigencias políticas, es decir, lo que fue un tiempo un mero esquema formal y una opinión total abstracta tiende a disolverse en la investigación de problemas específicos y discretos." Sugestivo y casi apodíctico, y, si verdadero, arrojando tanta luz sobre todo lo que el intelectual experimentó y quizá observó casualmente en el curso de su vida en una sociedad política, ese enunciado tienta a uno a considerarlo un hecho y no una hipótesis. Lo que es más, como ocurre tan frecuentemente con formulaciones sociológicas de la variedad europea, el enunciado parece abarcar tantos detalles de experiencia, que el lector rara vez pasa a considerar los vastos trabajos de investigación empírica antes que éste pueda considerarse como algo más que una hipótesis interesante. Adquiere rápidamente una situación innecesaria como hecho generalizado.

Se advertirá que observaciones como las sacadas de la sociología del conocimiento pertenecen típicamente al pasado histórico, quizá recapitulando la conducta típica o modal de gran número de individuos (estratos o grupos sociales enteros). En cualquier sentido empírico estricto, los datos que justifican enunciados sumarios tan grandes no fueron, desde luego, sistemáticamente recogidos, por la buena y suficiente razón de que no se encuentran en ninguna parte. Las opiniones de miles de individuos ordinarios del pasado lejano sólo pueden ser conjeturadas o reconstruidas imaginariamente; en realidad se perdieron en la historia, a menos que se adopte la cómoda ficción de que las *impresiones* de las masas o la opinión colectiva asentada por algunos observadores de aquel tiempo pueden considerarse hoy como *hechos* sociales comprobados.

En contraste con todo eso, la variante norteamericana da la primera importancia a establecer empíricamente los hechos del caso bajo estudio. Antes de tratar de determinar *por qué* ciertas escuelas de pensamiento son más adictas a la "investigación de problemas específicos y discretos", debiera intentarse averiguar si es ése en realidad el caso. Naturalmente, esta actitud, como la de la variante europea, tiene los defectos de sus cualidades. Con gran frecuencia, el intenso interés por la comprobación empírica conduce prematuramente a la represión de las hipótesis imaginativas: se tiene la nariz tan cerca de la amoladera empírica, que no puede alcanzarse a ver más allá de los límites de la tarea inmediata.

La variante europea, con sus grandes objetivos, casi desdeña establecer los mismos hechos que se propone explicar. Soslayando la difícil y con frecuencia trabajosa tarea de determinar los hechos del caso, yendo directamente a las explicaciones de los hechos supuestos, el sociólogo del conocimiento no puede conseguir más que poner el carro delante del caballo. Como todo el mundo sabe, si este procedimiento contribuye de alguna manera al movimiento, en general contribuye al movimiento retrógrado, quizá en la esfera

del conocimiento tanto como en la esfera de los transportes. Y lo que es peor, de vez en cuando el caballo desaparece por completo y la carreta teórica queda inmóvil hasta que se la apareja para hechos nuevos. La gracia salvadora es aquí que más de una vez en la historia de la ciencia una idea explicativa resultó productiva aun cuando los hechos que primero estaba destinada a explicar después resultan no ser hechos en absoluto. Pero apenas si puede contarse con esos fructíferos errores.

La variante norteamericana, con su pequeña visión, se enfoca tanto sobre el establecimiento del hecho, que sólo de vez en cuando tiene en cuenta la pertinencia teórica de los hechos, una vez establecidos. Aquí el problema no es tanto que la carreta y el caballo tengan los lugares invertidos, sino que más bien y con excesiva frecuencia no hay carreta teórica en absoluto. El caballo puede, ciertamente, moverse hacia adelante, pero como no arrastra ninguna carreta su raudo viaje es infructuoso, a menos que llegue con retraso un europeo a enganchar detrás la suya. Pero, como sabemos, las teorías *ex post facto* son, con razón, sospechosas.

Estas diferentes orientaciones hacia los hechos y los datos se relacionan también con la selección del asunto y la definición de problemas para investigar. La variante norteamericana, con la importancia que concede a la confirmación empírica, dedica poca atención al pasado histórico, y que la suficiencia de datos sobre la opinión pública y las creencias de grupo en el pasado se hace sospechosa cuando se la juzga con criterios aplicables a datos comparables relativos a las creencias actuales de grupo. Esto puede explicar en parte la tendencia norteamericana a tratar primordialmente problemas a corto plazo: las reacciones a los materiales de propaganda, la comparación experimental de la eficacia de la propaganda por medios diversos, y así sucesivamente. El descuido virtual de los materiales históricos no obedece a falta de interés o al no reconocer la importancia de los efectos a largo plazo, sino únicamente porque se cree que esas cosas requieren datos que no pueden obtenerse.

Con su actitud más acogedora para los datos impresionistas de masas, el grupo europeo puede permitirse fijar su interés en problemas a tan largo plazo como el movimiento de ideologías políticas en relación con cambios en los sistemas de estratificación de clases (no simplemente el paso de individuos de una clase a otra dentro del sistema). Los datos históricos de los europeos descansan de manera típica sobre supuestos empíricamente explorados para el presente por los norteamericanos. Así, un Max Weber (o alguno de su numerosa tribu de epígonos) puede escribir sobre las creencias puritanas que prevalecieron ampliamente en el siglo XVII fundamentando sus conclusiones en hechos sobre los pocos literatos que expusieron sus creencias e impresiones sobre las creencias de otros en libros que podemos leer ahora. Pero, naturalmente, esto deja sin tocar, e intocable, la cuestión independiente de la medida en que las creencias expuestas en los libros expresan las creencias de la mayor parte de la población (sin hablar de los diferentes estratos de ella), completamente incapaz de expresarse por sí misma, por lo que respecta

a la historia. Esta relación entre lo que se encuentra en las publicaciones y las creencias (o actitudes) reales de la población subyacente, que la variante europea da por cosa sabida, se convierte en un problema propio para ser investigado por la variante norteamericana. Cuando se advierte que los periódicos, las revistas o los libros expresan un cambio en el sistema de creencias o en la perspectiva general, y se le toma provisionalmente como un reflejo del cambio de creencias o de puntos de vista de una población asociada (clase, grupo o región), los representantes de la variante norteamericana, aun los menos radicalmente empiristas entre ellos, proceden a indicar que sería importante "descubrir por algunos medios independientes la actitud de la población general. Nuestra verificación sólo podría conseguirse aquí mediante entrevistas con secciones transversales del público en los dos periodos, para ver si el cambio de valores indicado por este cambio en la revista [u otro medio de masas] es reflejo de un cambio real de valores en la población subyacente". (Lazarsfeld, *op. cit.*, 224.) Pero como todavía no se han inventado técnicas para entrevistar secciones transversales de poblaciones del pasado remoto, para comprobar las impresiones recibidas de los diseminados documentos históricos que quedan, el sociólogo norteamericano de comunicaciones para las masas tiende a limitarse al presente histórico. Posiblemente reuniendo las materias primas de la opinión pública, las creencias y los conocimientos de hoy, pueda contribuir a sentar los cimientos para el sociólogo del conocimiento que estudiase mañana empíricamente tendencias a largo plazo en la opinión, las creencias y los conocimientos.

Si el europeo prefiere tratar procesos a largo plazo mediante el estudio de datos históricos, en que algunos de los datos relativos a creencias de grupo y de masas pueden discutirse y por lo tanto impugnarse las conclusiones, el norteamericano prefiere tratar meticulosamente el caso a corto plazo, empleando datos que fueron moldeados de manera muy completa para cubrir las necesidades del problema científico, y limitarse a las reacciones inmediatas de los individuos a una situación inmediata separada de los largos tramos de la historia. Pero al tratar empíricamente el problema más restringido, puede, desde luego, eliminar de la investigación los problemas mismos que son de interés fundamental. El europeo mantiene en alto la bandera de conservar intacto el problema en que está básicamente interesado, aun cuando pueda ser sólo asunto de especulación; el norteamericano enarbola el estandarte que afirma la suficiencia de los datos empíricos a toda costa, aun a costa de renunciar al problema que primero lo llevó a la investigación. El rigor empírico de la actitud norteamericana implica una ordenación autonegativa en que importantes movimientos a largo plazo de ideas en relación con cambios en la estructura social son demasiado abandonados como materia factible de estudio; la inclinación especulativa de la actitud europea implica aceptar plenamente que las impresiones de los acontecimientos de masas se tomen por hechos, y que son pocos los que violan la convención consagrada de evitar cuestiones embarazosas acerca de la evidencia que apoye definitivamente los supuestos hechos de conducta o creencia de masas.

Así sucede que la variante europea llega a hablar de materias importantes de una manera empíricamente discutible, mientras que el norteamericano habla de materias tal vez más triviales de una manera empíricamente rigurosa. El europeo imagina y el norteamericano mira; el norteamericano investiga a corto plazo, el europeo especula a largo plazo.

Además, debe tenerse en cuenta en qué momentos exactamente el rigor del primero y la amplitud del segundo son por necesidad antagónicos, y en cuanto a los demás, buscar el modo de unificarlos.

Técnicas y procedimientos de investigación

Las dos variantes presentan diferencias características en su interés por las técnicas de investigación para la recolección de datos y para su análisis ulterior.

Para el sociólogo europeo del conocimiento, la misma frase *técnica de investigación* tiene un sonsonete extraño y poco acogedor. Se considera casi intelectualmente degradante exponer los prosaicos detalles de cómo se hizo un estudio de sociología del conocimiento. Como rastrea su linaje intelectual a través de la historia, de la filosofía discursiva y de las artes, el europeo cree que eso sería mostrar el andamiaje de su estudio y, peor aún, malgastar en el andamiaje el amoroso cuidado que se debe sólo al edificio terminado. En esta tradición el papel del técnico investigador no consigue alabanzas ni comprensión. Hay, desde luego, técnicas consagradas, y con frecuencia complicadas, para comprobar la autenticidad de los documentos históricos, para determinar su fecha probable, etc. Pero las técnicas para el análisis de los datos y no para la autenticación de los documentos no reciben sino ligera atención.

Cosa totalmente distinta sucede con el estudio norteamericano de las comunicaciones de masas. En el curso de los últimos decenios, en que la investigación en este campo se prosiguió sistemáticamente, se ha puesto a la vista un vasto y diverso repertorio de técnicas. Técnicas de entrevistas en toda su numerosa variedad (de grupo e individual, no directiva y estructurada, exploradora y enfocada a un punto, entrevista simple de corte transversal y entrevista de equipo repetida), cuestionarios, tests de opinión y de actitud, escalas de actitud del tipo Thurstone, Guttman y Lazarsfeld, el experimento y la observación controlados, análisis de contenido (ya de cálculo de símbolos, o de partidas, temático, estructural y de campaña), el analizador de programas Lazarsfeld-Stanton: estos pocos no son sino una muestra de los diversos procedimientos inventados para las investigaciones de comunicaciones de masas.¹

¹ Véanse, por ejemplo, las técnicas expuestas en las siguientes publicaciones del Departamento de Investigaciones Sociales Aplicadas de la Columbia University: *Radio Research, 1941*, ed. por P. F. Lazarsfeld y F. Stanton (Nueva York, Duell, Sloan and Pearce, 1941); *Radio Research, 1942-1943* (Nueva York, Duell, Sloan and Pearce, 1944); *Communications Research, 1948-1949* (Nueva York, Harper and Brothers, 1949); también en reciente volu-

La abundancia misma de técnicas norteamericanas no hace sino disminuir por contraste la pequeña lista de técnicas europeas. Y el contraste difícilmente puede dejar de descubrir otros aspectos diferentes en las dos orientaciones para el estudio sociológico de las comunicaciones.

La actitud hacia el problema de la *veracidad* de las observaciones en las variantes europea y norteamericana puede aplicarse como piedra de toque para medir su orientación más general hacia las técnicas. La veracidad, por la cual se extiende aproximadamente la congruencia entre observaciones independientes sobre los mismos materiales, casi está ausente del todo como problema para el investigador europeo. En general, cada estudioso de la sociología del conocimiento ejercita sus talentos a su manera para establecer el contenido y los sentidos de sus documentos. Se consideraría una afrenta a la integridad o la dignidad del investigador sugerir que el documento que estudió debe ser analizado independientemente por otros a fin de establecer el grado de veracidad, o sea el grado de acuerdo entre los diferentes observadores de los mismos materiales. El agravio no haría más que empeorar si se añadiera que grandes discrepancias entre los análisis independientes pueden arrojar la duda sobre la suficiencia de uno o de otro. La noción misma de veracidad de la categorización (es decir, la medida en que coinciden categorizaciones independientes de los mismos materiales empíricos) en contadas ocasiones encontró expresión en el proyecto de investigaciones del sociólogo del conocimiento.

El olvido sistemático del problema de la veracidad con toda probabilidad lo heredó el sociólogo del conocimiento de los historiadores que figuraron entre sus antecedentes intelectuales. Porque en los escritos de los historiadores la diversidad de interpretaciones se toma típicamente no como un problema que hay que resolver, sino como el destino. Si se le reconoce, se le reconoce con aire de resignación teñido de un poquito de orgullo por la artística y, en consecuencia, individualizada diversidad de observaciones e interpretaciones. Así, en la introducción al primer volumen magistral de sus cuatro proyectados volúmenes sobre Thomas Jefferson, Dumas Malone hace la siguiente renuncia, que no deja de ser representativa de las actitudes de otros historiadores hacia sus propias obras: "Otros interpretarán al mismo hombre y los mismos acontecimientos de manera diferente; esto es prácticamente inevitable, ya que aquél fue una figura central en controversias históricas que todavía tienen eco." (El subrayado es del autor.)

Esta teoría de interpretaciones diferentes de los mismos acontecimientos se ha establecido de modo tan completo entre los historiadores, que es casi seguro que aparezca, en una forma u otra, en el prefacio de la mayor parte

men que reporta los estudios de la Rama de Investigaciones de la Sección de Educación e Información del Ejército, titulado *Experiments on Mass Communications*, por Carl I. Hovland, A. A. Lumsdaine, F. D. Sheffield (Princeton University Press, 1949); y el volumen sobre el Proyecto de Investigaciones de Comunicaciones de Guerra titulado *Language of Politics*, por H. D. Lasswell, Nathan Leites y colaboradores (Nueva York, George W. Stewart, 1949).

de los escritos históricos. Si la historia está situada en la traducción de las humanidades, de la literatura y el arte, esta concepción se hace inmediatamente comprensible. En el campo de las artes, esta renuncia a toda interpretación definitiva es al mismo tiempo una expresión, aunque convencional, de modestia profesional y la definición de una experiencia repetida: los historiadores comúnmente revisan interpretaciones de hombres, sucesos y movimientos sociales. En cuanto a esto, tampoco los científicos esperan una interpretación definitiva, aunque su actitud hacia la diversidad de interpretaciones es muy diferente.

Para comprender esta actitud implícita hacia la veracidad, expresada por los historiadores y los sociólogos del conocimiento, no es necesario romper con la teoría de una diversidad inevitable de interpretaciones. Pero mejorará la comprensión si se contrasta esta teoría con el punto de vista que se manifiesta típicamente en los escritos de los científicos, de manera muy definida en los escritos de los físicos y, en cierta medida, en los de los científicos sociales. Cuando el historiador espera con ecuanimidad, y casi con una resignación feliz, diferentes interpretaciones de los mismos datos, sus colegas científicos consideran eso como señal de un punto de apoyo inestable que proyecta la duda sobre la veracidad de la observación lo mismo que sobre la adecuación de la interpretación. Sería muy extraño el prefacio de una obra de química en que se dijera al modo del historiador que "otros interpretarán los mismos datos sobre la combustión de un modo diferente; esto es prácticamente inevitable..." Ciertamente que en la ciencia pueden ocurrir, y con frecuencia ocurren, diferencias de interpretación teórica; pero no se trata de esto. Las diferencias se consideran como pruebas de las insuficiencias del sistema conceptual o posiblemente de las observaciones originales, y se instituye la investigación para eliminar las diferencias.

En realidad, por centrarse el esfuerzo en eliminar con éxito las diferencias de interpretación en la ciencia, por buscarse el acuerdo y no la diversidad, podemos hablar justificadamente del carácter *cumulativo* de la ciencia. Entre otras cosas, la acumulación requiere la veracidad de la observación inicial. Y por el mismo motivo, porque las artes se centran sobre la diferencia —como expresión de las percepciones distintivas y personales, si no privadas, del artista—, no son cumulativas en el mismo sentido. Las obras de arte se acumulan en el sentido limitado de haber cada vez más productos de arte a disposición de los hombres en sociedad; pueden colocarse unos al lado de otros. Mientras que las obras de ciencia se sitúan de manera natural unas sobre otras para formar una estructura de teorías engranadas y que se apoyan mutuamente, estructura que permite la comprensión de numerosas observaciones. Para este fin, la veracidad de la observación es, por supuesto, una necesidad.

Esta breve digresión sobre una posible fuente de la falta de interés del europeo por la veracidad como problema técnico puede proyectar luz sobre las bases de su falta de interés aún más general por las técnicas de investigación. Hay una orientación muy importante hacia las humanidades que per-

siste en la sociología del conocimiento, y juntamente con ella una aversión a uniformar los datos obtenidos por la observancia y la interpretación de los mismos.

En contraste, el interés técnico de la variante norteamericana obliga a prestar atención sistemática a problemas como el de la veracidad. Una vez que se presta atención sistemática a esos problemas, se conoce su carácter de manera más exacta. El resultado, por ejemplo, de un estudio norteamericano de comunicaciones para las masas de que en el análisis de contenido "cuanto más compleja es la categoría, más baja es la veracidad", es de un tipo que no existe, sencillamente, en la sociología europea del conocimiento. Este ejemplo indica también el precio que se paga por la precisión técnica, en esta primera etapa de la disciplina. Pues desde que se encontró uniformemente que disminuye la veracidad al aumentar la complejidad de la categorización, ha habido una presión muy marcada a trabajar con categorías muy simples, unidimensionales, a fin de conseguir una alta veracidad. En el extremo, los análisis de contenido tratarán categorías abstractas como "favorable, neutral y desfavorable", "positivo, neutral y negativo". Y esto con frecuencia elimina el problema mismo que dio origen a la investigación sin poner necesariamente en su lugar hechos relevantes para la teoría. Para el europeo ésta es una victoria pírrica. Significa que se ha conseguido la veracidad abandonando la pertinencia teórica.

Pero todo esto parece tomar demasiado en serio una figura de lenguaje, y suponer que las secciones europea y norteamericana son en realidad especies intelectuales diferentes, incapaces de cruzarse y privadas de una ascendencia común. No es éste el caso, desde luego. Para poner un ejemplo puramente local, el último capítulo de este libro registra un uso temprano de técnicas de análisis de contenido en la sociología del conocimiento, análisis destinado a determinar en forma sistemática, y no de manera impresionista, los focos de atención de las investigaciones entre los científicos ingleses del siglo XVII, y a establecer, tosca pero objetivamente, la extensión de las conexiones entre las necesidades económicas y la dirección de la investigación científica en aquella época.

Hay indicios de que no fue otra cosa que un exceso de optimismo sociológico sugerir, al comienzo de esta introducción, que se combinaran las virtudes de cada variante con exclusión de los vicios de ambas. Esto se ha realizado acá y allá. Esa fertilización cruzada produce un vigoroso híbrido, con las categorías teóricas interesantes de una y las técnicas de investigación empírica del otro. Un análisis de contenido de biografías populares en revistas de circulación de masas hecho por Leo Lowenthal ofrece un espécimen prometedor de lo que puede preverse a medida que esta unión se haga más frecuente.² Al rastrear los cambios de asunto en esas biografías populares, de los "ídolos de la producción" a los "ídolos del consumo", Lowenthal emplea

² "Biographies in popular magazines", por Leo Lowenthal, en *Radio Research, 1942-1943*, ed. por R. F. Lazarsfeld y F. Stanton (Nueva York, Duell, Sloan and Pearce, 1944).

categorías sacadas de una importante tradición europea de teoría social. Y para determinar si el cambio es real o imaginario, sustituye el impresionismo de la variante europea con el sistemático análisis de contenido de la variante norteamericana. El híbrido es notoriamente superior a cualquiera de los dos de pura raza.

Otra zona de investigación en que el interés por las técnicas es nulo en la variante europea y supremo en la norteamericana es la de los *auditorios* para productos culturales. El europeo no desconoce por completo el hecho de que las teorías necesitan auditorios si han de ser eficaces, pero no persigue esto sistemática ni seriamente. Recurre a datos ocasionales, raros y dudosos. Si un libro tuvo un resonante éxito popular, o si puede averiguarse el número de ediciones, o si, en algunos casos, puede determinarse el número de ejemplares distribuidos, esto, según las convenciones de la tradición europea, se supone que dice algo importante acerca del auditorio. O quizás reseñas, párrafos de diarios ocasionales de unos pocos lectores diseminados, o conjeturas impresionistas de contemporáneos, son tratadas como pruebas impresionantes e importantes relativas al tamaño, carácter y composición de los auditorios y de sus reacciones.

Cosa muy distinta ocurre, desde luego, con la variante norteamericana. Lo que es una gran laguna de la investigación en la sociología europea del conocimiento, se convierte en un importante foco de interés en el estudio norteamericano de comunicaciones para las masas. Técnicas complicadas y exigentes fueron inventadas para medir no sólo el *tamaño* de los auditorios en los diferentes medios de masas, sino también su composición, sus preferencias y, hasta cierto punto, sus reacciones.

Una razón de esta diferencia de enfoque sobre la investigación de auditorios es la importante diferencia en los problemas centrales de los dos campos. El sociólogo del conocimiento busca, por encima de todo, los determinantes sociales de las perspectivas del intelectual, cómo llega a sustentar sus ideas. Por lo tanto, se interesa de ordinario por el auditorio sólo por el influjo que ejerce en el intelectual; para él basta tener en cuenta el auditorio sólo como lo toma en cuenta el intelectual. Por otra parte, el estudioso de las comunicaciones para las masas se interesó casi desde el principio primordialmente por el efecto de los medios de comunicación para las masas *sobre* los auditorios. La variante europea se enfoca sobre los determinantes estructurales del pensamiento; la norteamericana, sobre las consecuencias sociales y psicológicas de la difusión de la opinión. Una se centra en torno de la fuente, la otra en torno del resultado. La europea pregunta cómo sucede que aparezcan las ideas particulares; la norteamericana pregunta cómo esas ideas, una vez aparecidas, afectan a la conducta.

Dadas estas diferencias de enfoque intelectual, es fácil ver por qué la variante europea ha descuidado la investigación del auditorio y por qué la variante norteamericana se dedicó a ella. También puede preguntarse si los enfoques intelectuales son a su vez producto del contexto estructural en que aparecen. Hay indicios de que tal es el caso. Como han observado Lazarsfeld

y otros, las investigaciones de las comunicaciones para las masas aparecieron en gran parte en respuesta a las exigencias del mercado. La severa competencia por los anuncios entre los diferentes medios de comunicación para las masas y entre las agencias de cada medio provocó una demanda económica de medidas objetivas de tamaño, composición y reacciones de los públicos (de periódicos, revistas, radio y televisión). Y en la busca por la mayor participación posible en el dólar de publicidad, cada medio de éstos y cada agencia se mantuvieron alertas para las posibles deficiencias en las medidas del auditorio empleadas por competidores, introduciendo así una presión considerable para inventar medidas rigurosas y objetivas no fácilmente vulnerables a la crítica. Además de esas presiones del mercado, el reciente interés militar por la propaganda creó también un enfoque sobre las dimensiones del auditorio, ya que, con la propaganda como con los anuncios, los patrocinadores quieren saber si han llegado a los auditorios deseados y si consiguieron sus efectos deliberados. En la comunidad académica en que la sociología del conocimiento se desarrolló en gran parte, no hubo la misma presión económica intensa e inexorable para inventar medidas técnicamente objetivas de los auditorios ni, con bastante frecuencia, los recursos apropiados de personal de investigación para comprobar las medidas, una vez que fueron provisionalmente ideadas. Esta diferencia en los contextos sociales de los dos campos los condujo a buscar enfoques marcadamente diferentes de la atención investigadora.

Esas demandas del mercado y militares no sólo produjeron gran interés entre los estudiosos de las comunicaciones para las masas por la medida del auditorio, sino que contribuyeron también a dar forma a las categorías en relación con las cuales se describe o se mide el auditorio. Después de todo, el propósito de una investigación ayuda a determinar sus categorías y conceptos. Las categorías de la medida del auditorio fueron, en consecuencia, primordialmente las de la estratificación del ingreso (género de dato sin duda importante para quienes el interés definitivo es vender y colocar sus mercancías), el sexo, la edad y la instrucción (manifiestamente importante para quienes tratan de averiguar los canales publicitarios más apropiados para llegar a grupos especiales). Pero como se da el caso de que las categorías de sexo, edad, instrucción e ingreso corresponden también a algunas de las principales situaciones en la estructura social, los procedimientos ideados por los estudiosos de la comunicación para las masas para medir auditorios son también de interés directo para el sociólogo.

También advertimos que la importancia socialmente inducida dada a problemas intelectuales particulares puede desviar el interés de la investigación de otros problemas con su interés sociológico grande o mayor, pero manifiestamente con poco valor para los objetivos *inmediatos* de mercado o militares. La tarea inmediata de la investigación aplicada oscurece a veces las tareas lejanas de la investigación básica. Todavía han desempeñado un papel pequeño en la descripción de auditorios, las categorías dinámicas, con poco influjo directo sobre los intereses comerciales, tales como la "falsa conciencia"

(funcionalmente definida, por ejemplo, por la discrepancia marcada entre una situación económica objetivamente baja y una identificación ideológica con los estratos económicos superiores) o diferentes tipos de individuos económicamente móviles.

Mientras que la variante europea (*Wissenssoziologie*) hizo pocas investigaciones sobre los auditorios de diferentes productos intelectuales y culturales, la variante norteamericana (investigación de las comunicaciones para las masas) hizo muchas, y las categorías de estas investigaciones fueron, hasta el pasado reciente, moldeadas no tanto por las necesidades de la teoría sociológica como por las necesidades prácticas de los grupos y las agencias que crearon la demanda de la investigación del auditorio. Bajo la presión directa del mercado y de las necesidades militares, se inventaron técnicas definidas de investigación, y esas técnicas llevan en sus comienzos las marcas de su origen; están fuertemente condicionadas por los usos prácticos a que primero fueron dedicadas.

La cuestión de si esta investigación técnica de las comunicaciones para las masas se hace más tarde independiente o no de sus orígenes sociales es en sí misma un problema de interés para la ciencia de la sociología. ¿En qué circunstancias adquiere la investigación fomentada por los intereses del mercado y los intereses militares una autonomía funcional en que las técnicas y los resultados entran en el dominio público de la ciencia social? Es posible que tengamos aquí, tan cerca de nuestros ojos que no acertamos a verlo, un paralelo en las ciencias sociales de lo que sucedió en las ciencias físicas durante el siglo xvii. En aquella época, como se recordará, no fueron las viejas universidades, sino las nuevas sociedades científicas, las que dieron impulso a los progresos experimentales de la ciencia, y ese impulso estaba relacionado con las demandas prácticas que se les hacían a las ciencias físicas en crecimiento.

Así ahora, en el campo de la investigación de las comunicaciones para las masas, la industria y el Estado proporcionaron en gran parte el capital que se arriesgó en apoyo de la investigación social necesaria para sus propios fines en un tiempo y en un campo en que las universidades se resistían a dar dicho apoyo o eran incapaces de darlo. En el proceso se inventaron técnicas, se preparó personal y se obtuvieron resultados. Ahora bien, a lo que parece, el proceso continúa, y al llegar a las universidades esas demostraciones del valor real y potencial de la investigación, las universidades suministran recursos para la investigación, básica y aplicada, en este campo como en otros de las ciencias sociales. Sería interesante llevar esto más lejos: ¿Las investigaciones orientadas hacia las necesidades del Estado y de la industria estuvieron demasiado vinculadas al inmediato problema apremiante, dando demasiado poca ocasión para tratar cuestiones más fundamentales de las ciencias sociales? ¿Creemos que las ciencias sociales no están suficientemente adelantadas ni la industria y el Estado lo bastante maduros para llegar al apoyo en gran escala y de investigaciones básicas en ciencias sociales lo mismo que en ciencia física? Son éstas cuestiones que surgen directamente de la historia

social de la investigación en comunicaciones para las masas, y revisten interés inmediato para el sociólogo del conocimiento.

Organización social de la investigación

Lo que ocurre respecto del asunto, de la definición de problemas, de las concepciones de los datos empíricos de la actitud hacia las técnicas, ocurre también con la organización del personal de investigación: las variantes europea y norteamericana toman posiciones distintivas y diferentes. Los europeos han trabajado típicamente como intelectuales solitarios, explorando las publicaciones accesibles en bibliotecas, quizás con ayuda de uno o dos ayudantes sujetos a su directiva y constante vigilancia. Los norteamericanos han trabajado cada vez más como equipos de investigación o como grandes organizaciones de investigación formadas por varios equipos.

Esas diferencias en la organización social de la investigación se alimentan de las otras diferencias que hemos señalado y las sostienen. Refuerzan las actitudes diferentes hacia las técnicas de investigación, por ejemplo, y las actitudes hacia problemas técnicos como el que examinamos brevemente: el problema de la veracidad.

No hay duda de que los sabios europeos solitarios de la sociología del conocimiento perciben de manera abstracta la necesidad de una categorización fidedigna de sus datos empíricos, en la medida en que sus estudios implican en algún grado datos empíricos sistemáticos. También, es evidente que buscan típicamente, y quizás lo logran, congruencia en la clasificación de sus materiales, ajustándose a los criterios de clasificación en los casos manifiestamente raros en que dichos criterios se enuncian de manera expresa. Pero el sabio solitario no está obligado *por la estructura misma de su situación de trabajo* a tratar de manera sistemática la veracidad como un problema técnico. Hay una posibilidad remota e improbable de que algún otro sabio, en algún otro lugar lejano de la comunidad académica, encuentre exactamente el mismo conjunto de materiales empíricos, utilice las mismas categorías, los mismos criterios para esas categorías y realice las mismas operaciones intelectuales. Y no es probable, dada la tradición en contrario, que tenga lugar una réplica deliberada del mismo estudio. Hay, en consecuencia, muy poco en la organización de la situación de trabajo del europeo que le obligue a tratar *sistemáticamente* el difícil problema de la veracidad del análisis.

Por la otra parte, la misma organización social diferente de la investigación norteamericana sobre comunicaciones para las masas obliga virtualmente a prestar atención a problemas técnicos como el de la veracidad. Los estudios empíricos de comunicaciones para las masas requieren de ordinario el examen sistemático de grandes cantidades de datos. La magnitud de los datos es tal que suele rebasar con mucho la capacidad de un investigador solitario el reunirlos, así como las operaciones de rutina que tanto tiempo consumen y que de ordinario no está en situación de pagar. Si han de hacerse esas inves-

tigaciones, se requiere la colaboración de numerosos trabajadores investigadores organizados en equipos. Ejemplos recientes los proporcionan el Proyecto de Investigaciones sobre Comunicaciones de Guerra, de Lasswell, en la Biblioteca del Congreso, la sección de comunicaciones para las masas de Hovland, de la Rama de Investigaciones de la Sección de Enseñanza e Información del Ejército, y la sección de investigación sobre comunicaciones del Departamento de Investigaciones Sociales Aplicadas, de la Columbia University.

Con esta organización de la investigación, el problema de la veracidad es tan apremiante que no puede ser olvidado ni observado a la ligera. La necesidad de veracidad de la observación y del análisis que, naturalmente, existe en el campo de la investigación en general, se convierte en el más visible y el más insistente en los confines de miniatura del equipo de investigación. Es de suponer que diferentes investigadores que trabajan sobre los mismos materiales empíricos y realizan las mismas operaciones, obtengan los mismos resultados (dentro de límites tolerables de variación). Así, la estructura misma del grupo de trabajo inmediato con sus varios y diversos colaboradores refuerza el perenne interés de la ciencia, incluidas las ciencias sociales, por la objetividad: la veracidad interpersonal e intergrupala de los datos. Después de todo, si el contenido de las comunicaciones para las masas es clasificado o codificado por varios calificadores, esto suscita inevitablemente la cuestión de si los diferentes codificadores (observadores) obtienen en realidad los mismos resultados. No sólo se hace manifiesta y exigente la cuestión, puede ser contestada sin demasiada dificultad mediante la comparación de las diferentes codificaciones independientes del mismo material. En este sentido, pues, "no es un accidente" que grupos de investigación como el Proyecto de Investigaciones sobre Comunicaciones de Guerra, de Lasswell, dediquen gran atención a la veracidad del análisis de contenido, mientras que el estudio de Mannheim sobre el conservadurismo alemán, basado también sobre el contenido documental pero realizado por un solo investigador a la manera europea, no trata sistemáticamente la cuestión de la veracidad como problema.

De ese modo, quizá, fueron reforzadas tendencias divergentes por las estructuras sociales diferentes de los dos tipos de investigación: el investigador solitario, con la soledad mitigada por unos pocos ayudantes, en la tradición europea de la sociología del conocimiento; y el equipo de investigación, cuya diversidad se hace coherente por un objetivo general, en la tradición norteamericana de la investigación de las comunicaciones para las masas.

Nuevas interrogantes y problemas

Probablemente sería instructivo llevar más lejos las comparaciones entre las formas variantes de investigación de comunicaciones. ¿Cómo, por ejemplo, se confrontan los orígenes sociales del personal que hace las investigaciones en los dos campos? ¿Difieren de acuerdo con las diferentes funciones sociales de los dos tipos de investigación? ¿Los sociólogos del conocimiento son

más frecuentemente, como en realidad sugiere Mannheim, hombres *marginales* a diferentes sistemas sociales, y por lo tanto aptos para percibir, si no para conciliar, las diversas perspectivas intelectuales de grupos diferentes, en tanto que los investigadores de las comunicaciones para las masas son con mayor frecuencia individuos móviles *dentro* de un sistema económico o social, dedicados a buscar los datos que necesitan quienes manipulan organizaciones, buscan mercados y controlan gran número de personas? ¿La aparición de la sociología del conocimiento en Europa se relaciona con las fisiones básicas entre sistemas sociales radicalmente opuestos, de suerte que a muchos no les pareció establecido ningún sistema dentro del cual pudieran aplicar de manera importante sus destrezas, y de tal suerte que fueron llevados a buscar desde el primer momento un sistema social con sentido?

Pero preguntas de tan gran alcance rebasan con mucho los límites de esta introducción. Esta revisión de la variante europea de la investigación de las comunicaciones —a saber, la sociología del conocimiento— y de la variante norteamericana —a saber, la sociología de la opinión y de las comunicaciones para las masas— puede proporcionar un ambiente para los tres capítulos siguientes.

El capítulo xiv está destinado a revisar y valorar sistemáticamente algunas aportaciones fundamentales a la sociología del conocimiento. Se advertirá de inmediato que esas aportaciones son sobre todo europeas y que en su mayor parte tienen poco que decir acerca de procedimientos de análisis y sólo poco más que exponer a modo de resultados empíricos sistemáticos. Pero en sus sistemas de ideas se encontrará la génesis de muchas cuestiones importantes de investigación sociológica.

El capítulo siguiente trata con algún detalle de las aportaciones de Karl Mannheim a la sociología del conocimiento, y permite una exploración más completa de algunos problemas escuetamente mencionados en el estudio más general del capítulo xiv.

El último capítulo de la tercera parte —que trata de la propaganda por radio y por cinematógrafo— revisa estudios recientes casi enteramente desde el punto de vista del técnico en investigación. Así, pues, se centra en torno de las técnicas de investigación para el estudio de la propaganda, y no en torno de las cuestiones correlativas del papel funcional de la propaganda en sociedades de diferentes tipos. Queda por ver si las técnicas de investigación revisadas en ese capítulo son pertinentes sólo para el limitado conjunto de problemas que en la actualidad plantean las exigencias del mercado y las militares, o si también son pertinentes a los problemas que inevitablemente se presentan en toda gran estructura social. ¿No tiene una sociedad socialista, lo mismo que una sociedad capitalista, que hacer frente a problemas de incentivo y móviles sociales, de informar y persuadir a gran número de individuos de los propósitos y los fines que hay que perseguir, y de hacerles adoptar los modos expeditivos de avanzar hacia dichos fines? Puede preguntarse, además, si *deben* olvidar la necesidad de conocimientos sociales técnicos los que encuentran repulsivos los usos a que ocasionalmente se aplican esos conoci-

mientos. Por la misma razón, puede preguntarse si el interés exclusivo por pequeños detalles técnicos no puede representar una restricción prematura y no muy productiva del problema sociológico hasta el punto de que la investigación no tenga implicaciones perceptibles para la sociología ni para la sociedad. Estas son cuestiones mucho más fáciles de plantear que de resolver, aunque el estudio del capítulo xvi puede por lo menos proporcionar materia prima para quienes se interesan por trabajar en las soluciones.